

seres. El incesto de Edipo⁵⁷, cae sobre los hombros de un rey, como pudiera haber caído en los hombros de otro ser; la armadura guerrera siempre es una y una vez encierra la grandeza del Cid y otra un ratón es lo que suena dentro. Lo externo, pues, nada significa. La armonía entre las acciones y los personajes es a lo que yo llamo «Esperpentos»⁵⁸. Fijaos en aquel retrato de la familia de Carlos IV —por ejemplo—, aquella triste familia que en el cuadro parece destinada para un «pim, pam, pum», y que, sin embargo se hallaba encargada del destino que le ofrecía el peso de la corona. A esa relación entre aquellas figuras y sus funciones es a lo que yo llamo «Esperpentos».

Fijándome —continúa— en ese aspecto que ofrece el destino histórico con el de sus representantes y comprendiendo que era algo amoral, aproveché el concepto para escribir sobre el «Don Juan»⁵⁹. «Don Juan» es un talismán en toda ocasión y guiándome de tal advertencia, no olvidando los dos motivos que lo fundamentan, el amor y la muerte, *El Burlador de Sevilla* y *El Convidado de Piedra*, tuve en cuenta además que en todo «Don Juan» esta también otro, que es el paisaje⁶⁰, y escribí entonces sobre las estaciones del año, sobre el rodar de los tiempos, de aquellos que modularon el amor de «Don Juan». He visto después que, según los doctores —ahora la literatura no habla de este personaje, sino los médicos—, es «Don Juan» una especie de sujeto extraño que no tan solo seduce misteriosamente a las mujeres, sino también a los hombres⁶¹.

Todo el que el día de Difuntos ve a Don Juan en el teatro cree como cosa lógica que debe seducir a Doña Inés, se lo propone como tipo, se sugestiona y desea imitarlo. Ahora hablan los doctores de Don Juan, que es época en que la literatura es tratada por ellos, y dicen que existe para seducir a las mujeres y yo creo que existió también para seducir a los hombres⁶².

⁵⁷ Personaje de Edipo rey, tragedia de Sófocles (497-406 a. C.).

⁵⁸ La armonía, aquí, creo, debe entenderse como la «cuestión de la armonía». Sólo su valoración —ausencia o inadecuación— definiría esencialmente el esperpento. Cfr. Hontero Alonso: «lo que cambia son los personajes[...] Antes, el Destino cargaba sobre los hombros [...] de Edipo o de Medea. Hoy [...] es [...] la misma su fatalidad [...] Las acciones [...] son las de ayer y las de siempre. [Pero] Los hombres son[...] minúsculos

para sostener ese gran peso. De ahí nace[...] la desproporción[...] El dolor de Don Friolera es el mismo que el de Otelo, y, sin embargo, no tiene su grandeza», La Libertad (16-IV-1926) en Valle-Inclán (1994), p. 297; Dougherty (1983), p. 188, llama a esta entrevista, autocrítica del «esperpento».

⁵⁹ La alusión es oportuna pues se representa en Málaga el 30-X. «Los versos de Don Juan Tenorio los sabe el público de memoria, y muchos de ellos se aplican frecuentemente a la conversación» en «Don Juan

Tenorio ha vuelto», El Cronista (2-XI-1926), p. 2. En La Novela de Hoy (3-IX-1926) cita a Saïd-Armesto, La leyenda de Don Juan (1908) —Dougherty (1983), p. 161—, obra implícita aquí. ⁶⁰ Ver Heraldo de México (20-IX-1921), en Dougherty (1983), p. 117.

⁶¹ Referencia a Marañón, quien dice que «en todo narcisismo hay un germen latente de homosexualidad» en F. Agustín, Don Juan en el teatro, en la novela y en la vida, est. prel. sobre la vejez de Don Juan por el Dr. Gregorio Marañón,

Madrid, Páez, 1928, p. 13. Ver La Novela de Hoy (3-IX-1926), en Dougherty (1983), p. 161.

⁶² El Cronista (30-X-1926), p. 1, publicó una nota aclarativa —«La conferencia de Valle Inclán»— del error de comprensión transcrito: «La premura conquese[sic] hubimos de redactar y componer la conferencia dada por el ilustre Valle-Inclán en el Circulo Mercantil, ha motivado en el texto algunas erratas que, seguramente, habrán salvado el buen sentido de nuestros lectores.

En «Don Juan» —agrega— hay tres momentos⁶³, tres leyendas, encerradas en un solo volumen. La primera es su falta de respeto a los muertos, la impiedad. Se dice que Don Juan es un impío y un hereje. ¿Dónde está la impiedad y donde la herejía? Don Juan no ha negado ningún dogma, sólo ha lanzado unas cuantas bravatas, unas pocas de impiedades contra los muertos. Don Juan se mofa, se burla, nada le importa de los muertos. Para que existiera la herejía se precisaría que existiera una religión de los muertos. ¿En qué país existe esa religión? Indiscutiblemente sólo existe en España y en España en una región que es Galicia⁶⁴.

A ningún gallego —dice— se le ha[n] aparecido los Santos, ni las Vírgenes, como en Andalucía con frecuencia ocurre. Relata la procesión de las almas en pena y agrega que la mayoría no la ha visto, pero que los gallegos ninguno ha dejado de verla. Don Juan, pues, comete los tres pecados: —mundo, demonio y carne⁶⁵— Don Juan desacata los juicios eternos.

Corriendo la leyenda por la frontera portuguesa da en Extremadura. Todo romance de frontera está plagado de desafíos, porque no en vano van a las fronteras los hombres pendencieros. Don Juan, como hombre de frontera, aparece jactancioso, pone su interés personal por encima de los intereses de la humanidad, desconoce la fraternidad y la caridad y proclama, altivo, como única ley su capricho. Este es el segundo momento, la segunda leyenda, la del pecado del mundo.

La tercera —siguiendo la leyenda— es la llegada a Sevilla, que aparece llena de nostalgia musulmana que no olvida el harén. Don Juan en este ambiente es un gavilán de mujeres. Lo menos importante para su análisis es este aspecto, el menos interesante y trascendental.

El pecado de los muertos es eterno; situado en la vida mientras logre existir será él seducido por el clima, por el ambiente, por el aroma moro de la ciudad.

Don Juan es trino, es el arquetipo: se hunde en el pecado —mundo, demonio y carne— y Don Juan aparece como el propio Satanás. Recuerda que Echegaray⁶⁶ expresó que lo eterno no puede tener sucesión, que no puede reproducirse⁶⁷, y que a esta categoría debía pertenecer Don Juan.

No es tarea fácil condensar en pocas líneas y bajo el apremio de la confección del periódico a la madrugada, un discurso pletórico de ideas originalísimas sobre materia de arte, ideas tan apartadas de la ramplonería ambiente en este momento literario.

⁶³ Los tres momentos son insinuados en El Universal

(7-VI-1892), Vallé-Inclán (1987), p. 179: «sacrilego, enamorado y desatentado».

⁶⁴ M. de Unamuno, «Sobre Don Juan Tenorio» en Mi religión y otros ensayos breves, Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1910: «he llegado a presumir que el famoso seductor de doncellas es, dentro de lo español, mas bien gallego», p. 143.

⁶⁵ «La leyenda del don Juan se nutre en sus comienzos[...]con el prestigio de la rebelión contra el pecado de la carne» en Agustín, op. cit., p. 19. «Era la intuición un divino cristal, y lo quebró el pecado. [...] el dolor de la culpa fue conciencia de la hora pasada y conjetura de la venidera. En las mudanzas del mun-

do solo hallaron los hombres el terror de la muerte.», palabras de Valle Inclán (1992), p. 143.

⁶⁶ José de Echegaray (1832-1916).

⁶⁷ A la luz de La lámpara maravillosa, Valle-Inclán (1992), pp. 61 y 63: «Los círculos dantescos son la más trágica representación de la soberbia estéril. Satanás,

Don Juan tenía que pertenecer a esta categoría como arquetipo que fue. Y después del *Marqués de Bradomin*, feo, católico y sentimental, escribí otra visión de Don Juan: *Comedias Bárbaras*⁶⁸.

Esta nueva visión —manifiesta— la ofrecí en forma de memoria dialogada. Las memorias tienen siempre la ventaja de tener perspectiva, la que proyecta el período de tiempo que separa la épo[ca] de la acción narrada con el del momento en que se narra. Campoamor⁶⁹ usaba y abusaba de esto, hablando con candor de juventud y con una experiencia que solo presta la edad viril. Por eso adopté esa armonía que surge de ese contraste, y la forma dialogada, porque en opinión, se exhibe, buscando la unidad.

Todo lo eterno —asegura—, presentado sin caducidad es bello. Dios esta en todas partes, e invalidado sin embargo de movimiento. El diablo es el que se mueve, el que gira para estar por doquier, en busca del pecado. Además el movimiento es bello —dice Leonardo⁷⁰—, cuando recuerda el principio y el término que señalan el ritmo de la quietud. El arquetipo de cada una de las formas es la quietud. ¿Cómo llegar al arquetipo si existe distinción entre los sexos? El griego armoniza tales formas contrarias, señalándolas en el arquetipo. ¿Por qué? Porque en la literatura, en la pintura, en la escultura y aun en los amores, existen los crepúsculos que son los enlaces de antes y de después, el gran momento de la emoción estética⁷¹.

Por mi parte —continúa— peregrinando por ese sendero he procurado que la acción de mis libros no dure más de veinticuatro horas. Aquello de «pasaron diez años» no ha sido de mi sentido estético.

estéril y soberbio, anhela ser presente en el Todo». «Satán es el estéril que borra eternamente sus huellas sobre el camino del Tiempo» («El anillo de Giges», VI), citado en Dougherty (1983), p. 161. Hito de la «falsa virilidad» es «Don Juan pristino, imperecedero y diabólico», G. Marañón, «Notas para la biología de Don Juan», Revista de Occidente, III (enero marzo 1924), pp. 18 y 37.

⁶⁸ Trilogía formada por *Aguila de blasón* (1907), *Romance de lobos* (1908) y *Cara de plata* (1923); Cfr. *La Unión Mercantil* (29-X-1926): «Comedias bárbaras, que escribiera en representa-

ción del Don Juan campesino». O «Los mayorazgos eran la historia del pasado y debían ser la historia del porvenir» en R. del Valle-Inclán, Los cruzados de la causa, ed. de M. Santos Zas, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, p. 114. Citado en Dougherty (1983), p. 148. El arquetipo era «tras el cual había peregrinado el mundo antiguo», en Valle-Inclán (1992), p. 109.

⁶⁹ Recordemos dos versos, del poema a Campoamor, de Rubén Darlo, «junto su candor de niño/con su experiencia de anciano» —R. de Campoamor, *Poesía*, ed. de V. Gaos, Zaragoza,

Ebro, 1980, p. 30.—, con quien le visitó Valle-Inclán. Las «doloras» son «todo ese contraste de sentir y de expresar que se advina en la «Giaconda» [...]su Marqués de Bradomin [...] muchos de sus rasgos, tienen el origen en la veneración[...]al autor de las Doloras», en Garat (1967), p. 107.

⁷⁰ «Decía Leonardo que el movimiento sólo es bello cuando recuerda su origen y define su término, y lo comparaba con la línea de la vida de los horóscopos. El quietismo estético tiene esa fuerza alucinatoria», Valle-Inclán (1992), pp. 137- 8.

Cfr. *Diario de Galicia* (Santiago, 22-III-1919) en Valle-Inclán(1994), p. 191.

⁷¹ El estatismo o molinosismo. Ver Dougherty (1983), p. 162 y J. Ferrater Hora, *Diccionario de Filosofía*, 3, K/P, Madrid, Alianza, 1984, p. 2255. Puede verse relacionado con el concepto de la contemplación desinteresada: «no pretendemos saber si [...]puede tener siquiera, algún interés la existencia del objeto, antes bien cómo la juzgamos en la mera contemplación» en Kant, *Crítica del juicio*, trad. de J. Rovira Armenгол, ed. de A. Klein, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 46.